

II Domingo de Adviento, Ciclo B

**Una voz grita en el desierto: Preparadle el camino al Señor, allanad sus senderos. Mc. 1,1-8**

El tiempo de Adviento es una invitación a preparar la venida del Señor, a caminar a la luz del Evangelio.

La llamada del Señor se nos hace hoy presente, por medio del profeta Isaías y Juan Bautista el precursor. Tanto el profeta como el precursor nos invitan a despertar la esperanza porque "el día del Señor está cerca y hemos de quitar los obstáculos que pudieran entorpecer su venida. Por eso nos dice por medio de Juan el Bautista: "Preparad el camino del Señor".

Antes de seguir adelante en ocasiones se encuentra uno con gentes que, de buenas a primeras, te dicen con la mayor naturalidad: mire Vd, yo no creo en esas cosas. Yo no creo en Dios. Y después de hablar con ellos, está uno tentado de decirles: Mire, Vd, en ese Dios que Vd. dibuja, y tampoco creo.

Así es, yo no creo en un Dios "justiciero". Entendiendo por "justiciero", como de ordinario solemos entenderlo: "Tú me la haces, tú me la pagas". Creedme, en ese Dios yo no creo. Como tampoco creo en un Dios "comerciante". Es decir, en un Dios que lleva un cuaderno en el que va anotando de modo especial las cosas malas que hago, y está más pendiente de lo que debo, que de mis buenos y sinceros deseos, con frecuencia, puede ser, que vacíos de obras. Sinceramente, en ese Dios, tampoco creo. Y, como es natural, no creo en el Dios "policia", que está esperando a que se cometa una infracción para "ya", sin más poner la sanción o la multa. ¿Y cómo podía creer en un Dios que tiene acepción de personas? Es decir, en un Dios, que "caprichosamente", ama a unos más que a otros? Cierto, que a primera vista, sí parece que Dios mimaba a unos más que a otros. Pero, en el día de la verdad, veremos cómo nos trató a todos con un cariño y un mimo infinitos. Veremos cómo Dios agotó en todos y en cada uno de nosotros todo su amor.

Hoy nuestros liturgistas han encendido una vela más. Símbolo de que nuestra esperanza en Cristo va en aumento, va creciendo en un Dios que viene a salvarnos.

Dos velas, repito, símbolo, de que nuestra luz, nuestra esperanza, nuestro amor, van aumentando. Y por si nos hubiéramos llevado del desaliento o la tristeza, ahí está el profeta Isaías, que en nombre de Dios nos grita, al igual que en otros tiempos gritara a los israelitas: "Consolad, consolad a mi pueblo, dice el Señor".

Consoladle porque su deuda está pagada, y trae consigo el salario y la recompensa. En este Dios, sí creo. En este Dios que viene a consolarme, en este Dios que me dice, que mi crimen está perdonado.

Por otra parte, si leemos atentamente, las dos primeras lecturas, encontraremos al único Dios, al verdadero Dios. Y le encontramos en una actitud paradójica: por una parte, tiene prisa para perdonarnos, para consolarnos: "Consolad, consolad a mi pueblo". Cuando repetimos una frase ya estamos como imprimiendo prisa, estamos

como pidiendo que se realice pronto: Ven, ven& Y por otra parte, vemos en Dios una paciencia, o mejor, tiene una paciencia infinita para esperarnos. Lo que pasa, nos dice S. Pedro, es que Dios tiene mucha paciencia, nos urge la conversión, pero al mismo tiempo no se cansa de esperar.

El Advientos tiempo de espera, y por lo mismo tiempo de conversión. Ante un Dios "justiciero", cabe en el Adviento una conversión, fundamentada en la ascesis . Es decir, llena de privaciones, renunciaciones, no exenta de temores y servilismo. Pero no es ese el Dios que viene a nosotros. El Dios que viene a nosotros, es un Dios que nos ama. Y, por ello, ante él, sólo cabe una postura, la de abrirle el corazón.

Ahora, el día que le abramos el corazón al Señor, el día que creamos que Dios no se cansa de esperar, que Dios tiene mucha paciencia, ese día nos convertiremos, y saldremos gritando, a los que creen en un dios "justiciero", "exigente", "comerciante" "policía": aquí está Dios con el salario&, hacedle camino que viene como un pastor llevando en el brazo a los corderos, y cuidando de las madres.

Conviene que durante el tiempo de Adviento abramos el corazón a la esperanza, y ver a Cristo que viene como nos acaba de decir Isaías.

¡Qué imagen más fuerte, y a la vez más tierna: Dios viene como un pastor trayendo en sus brazos a los corderos y cuidando a las madres.

¡Consolador de verdad! ¿Eres cordero? Dios te lleva en sus brazos. ¿Eres madre? Dios cuida de ti.

Un día Cristo vendrá a nosotros, no para juzgarnos, no para condenarnos, sino para cogernos en sus brazos y cuidar de nosotros.